

carácter... personal, por no decir otra cosa más dura!...

—Y ¿qué hacer, Dios mío?... ¿cómo mejorar esta situación?...

—Tú harás lo mejor, mi querida Germana; tu corazón te dictará un buen pensamiento; y, ya lo sabes, si tu madre se halla cansada de París, nuestra casa está siempre abierta para ella. Yo te autorizo á que se lo digas.

—¡Ah, qué bueno eres, Armando!—exclamó la joven abrazándole.

—Es preciso que partas mañana. ¡Ya verás qué bien cuidado á los niños en tu ausencia!

—¿Separarme de ti?... ¿separarme de ellos? ¡Si no fuera por mi madre!...

Los tres niños entraron en aquel instante. Germana los atrajo hacia ella, los abrazó y dijo á los mayores:

—Voy á ver á vuestra abuela, hijos míos.

—¡Tráela aquí, mamá!—exclamó Gabriela,—para que me oiga decir las fábulas que sé.

—Yo llevaré mis tortolitas á su cuarto para que la diviertan,—añadió Marcelo, estimulado por las palabras de su hermana.

—Dile que estos inocentes la invitan á venir,—concluyó Armando, tomando á los niños en sus brazos y llevándolos en triunfo á su dormitorio.

XIV

Un corazón que se abre

Cuando Germana llegó á París, la noche estaba avanzada: tenía necesidad de reposo y se hizo conducir directamente al hotel. Después de escribir dos renglones á su marido, se acostó; pero el sueño huyó de sus ojos; el objeto de su viaje, la visita que debía hacer al día siguiente, el recuerdo de los queridos ausentes, la preocupaban vivamente y mucho antes del alba empezó á oír los ruidos de la gran ciudad, que fueron creciendo, y que contrastaban con el solemne silencio del campo, á que estaba acostumbrada.

Se levantó temprano, buscó una iglesia para oír misa y rogó como se ruega cuando se está ausente de los suyos, y encargado además de un asunto de importancia.

Al medio día tomó un carruaje y se hizo conducir á casa de su hermana, situada en uno de los barrios más elegantes de París.

Su corazón latía, cuando abrieron la puerta y con voz trémula preguntó por madama Darboys á la camarera que se presentó.

—¡Ah, madama Darboys!—repitió la camarera;—creo que sí está; en cuanto á la señora, no ha llamado todavía; tened la bondad de seguirme.

Germana atravesó una antecámara, un comedor y un saloncito, todo amueblado con un gusto original y encantador. Con una mirada pudo abarcar cuadros, armas, estantitos y veladores cargados de porcelanas, tapices y colgaduras de seda, flores, bronce, mil objetos de arte y de capricho, en fin, que anunciaban que Angela obedecía fielmente á las prescripciones de la moda: pasó después un oscuro corredor y la camarera abrió una puerta y dijo sin ceremonia:

—Aquí hay una señora que os busca, madama Darboys.

—Que pase,—dijo una voz que Germana no había oído jamás sin un sentimiento de amor y de respeto, y llena de emoción se halló en presencia de su madre.

Madama Darboys estaba sentada al lado de una mesa: levantóse, y antes de que pudiera hacer un movimiento, su hija la estrechó entre sus brazos, exclamando:

—¡Mamá! ¡querida mamá! ¡qué dichosa soy al veros!

Susana respondió á tan dulce presión, con otra muy débil y con un beso, pero dejándose caer de nuevo en su asiento, echó á llorar.

Germana no se atrevió á decir nada: no obstante, sabía que la alegría de volver á verla no era lo que hacía á su madre derramar aquellas lágrimas. Muy pronto recobró madama Darboys un poco de imperio sobre sí misma; alargó la mano á su hija y le dijo con dulzura:

—Tu visita me hace muy dichosa, hija mía; pero me ha sorprendido, y me he vuelto tan neciamente nerviosa...

No pudo acabar, porque nuevas lágrimas le cortaron la voz.

—Ya lo ves,—prosiguió,—he perdido mi bella salud de Turena; con la edad me he vuelto más impresionable.

—Mi querida mamá,—dijo Germana con franqueza —eso es lo que me trae á París. Valentina, al partir para Tolosa, os había dejado indispueta; una de sus compañeras, le ha escrito que os hallábais pálida y desmejorada. Yo estaba inquieta, y Armando me ha dicho que viniese á veros; aquí estoy, y muy dichosa de verme á vuestro lado.

—¡Qué! ¿os habéis preocupado de mí?—dijo madama Darboys con una especie de sorpresa.

—Sí, mamá; nos escribís pocas veces.

—¡Ah! Es que en París el tiempo vuela... y además, mis ojos se debilitan... lo conozco por días.

Estas palabras, un poco incoherentes, fueron interrumpidas; la puerta se abrió bruscamente y una niña muy bonita, aunque delgada y de aspecto débil, entró saltando,

miró á Germana con curiosidad, y dijo con el tono imperioso de una criatura mimada:

—¡Abuela, visteme! ¡Es cerca de medio día y aún no estoy arreglada!

—¿No es tuya la culpa, Luisa?—respondió con dulzura madama Darboys,—esta mañana, cuando te peinaba, te me has escapado.

—¿Quién es esta señora?—preguntó la niña, cuyos ojos vivos y movibles no se separaban de Germana.

—Soy tu tía, hija mía,—dijo ésta, atrayendo hacia sí á Luisa y dándole un beso; y estoy encargada de abrazarte en nombre de tus primos que están en Turena.

—¿Y por qué no vienen? Iriamos á jugar juntos en las Tullerías.

—Ya vendrán otro día,—dijo la abuela,—ahora ven á que te ponga el vestido.

Luisa se dejó arreglar con bastante docilidad, y en tanto que madama Darboys se ocupaba de su nieta, Germana extendió una mirada en derredor suyo.

La habitación donde se encontraban era grande, pero oscura y triste, y sus ventanas daban á uno de esos sombríos patios parisienses, abismos á los que sólo falta el agua para ser mortales; cavernas donde el sol no viene jamás á manchar sus puros rayos y donde los ojos encuentran sólo paredes grises y techos que cubren batallones de gorriones habladores.

El mobiliario que guarnecía la habitación, era viejo, descuidado, y faltaban en él el

orden y la armonía; ninguna de las magnificencias que madama Leglève había enteravisto en el salón de su hermana, se había deslizado hasta allí, é interiormente comparó lo que veía, á la elegancia campestre de la Richardiere, y á las riquezas artísticas que se lucían bajo el mismo techo.

En la alcoba había dos lechos, uno grande y otro pequeño, lo que probaba que Luisa compartía la habitación de su abuela. Estos lechos no estaban arreglados, la habitación no lo estaba tampoco. Germana reparó en un modesto desayuno, servido en tazas y platos desportillados é intactos sobre la mesa; cerca se veía un periódico viejo y un libro de oraciones entreabierto.

Esta rápida ojeada alrededor suyo, sugirió á Germana las más tristes reflexiones; la brusquería de Luisa, el tono casi insolente que usaba con su abuela, le hacían ver más allá todavía. Su madre, olvidada, abandonada, parecía ser la criada de la niña.

¡Era esta, pues, la suerte que la pobre madre había venido á buscar á París! ¡Cuántas humillaciones, cuanta tristeza este solo examen hacía presentir y adivinar!

Vestida ya la niña, echó á correr, diciendo:

—Voy á dar un paseo con la niñera antes que se levante mamá; adiós, tía.

La madre y la hija se hallaron solas de nuevo.

Iban á proseguir su conversación, que tanta pena debía hallar para reanudarse,

cuando volvió Luisa enfadada y encarnada de enojo.

—¡La niñera no quiere salir, porque dice que ya es tarde!—exclamó,—pero tú me llevarás á pasear, ¿verdad, querida abuelita?

—No puedo hoy, hija mía,—respondió madama Darboys;—está aquí tu tía, y además, aún no he almorzado, como ves.

—No quiero estarme en casa con tan hermoso día,—dijo la niña,—llévame á paseo, ¡en seguida! ¡en seguida!

Germana intervino en el debate, diciendo á su sobrina:

—Tus primos no dicen jamás *yo no quiero*; Luisa, deja en paz á tu abuela y calla.

—¡Yo no quiero!—gritó la niña hiriendo el suelo con el pie,—quiero salir, quiero que ella venga conmigo; si no le diré á mamá que no ha querido salir.

Germana tiró del cordón de una campanilla y acudió una doncella.

—Lleváos á Luisa,—dijo con acento firme;—necesito hablar con mi madre, y prevenid á mi hermana que deseo verla así que se levante.

La camarera sacó á Luisa á la fuerza y cerró la puerta; pero se oían sus gritos y sus lloros, mezclados con estas exclamaciones de cólera:

—¡Se lo diré á mamá! ¡déjame volver á entrar, lo quiero!

Germana corrió el cerrojo; los gritos de la niña se alejaron.

Madama Darboys miró tristemente á su hija y le dijo:

—Me has librado de un disgusto hija mía; ¡gracias! ¡hoy á lo menos estaré tranquila!

Germana se arrodilló delante de su madre; le besó una mano que guardó entre las suyas, y con una ternura que jamás se había atrevido á demostrarle, le dijo:

—¿Qué sucede aquí, mamá? ¿no sois dichosa?

La pobre madre dejó caer la cabeza sobre el hombro de su hija; su corazón se desbordaba y la confianza brotó de él á la vez que las lágrimas.

—¡Hablad, mamá!—dijo Germana, teniéndola abrazada;—estoy aquí en nombre de Armando y Valentina; ¡confiáos á nosotros!

—¡Hijas mías, os he desconocido á las dos! ¡pero cómo os ha vengado Angela! ¡No Germana, no me interrumpas, no defiendas mis sinrazones! es justo que me acuse yo antes de acusar á la hija que os he preferido. Si no la hubiera amado tanto, me hubiera respetado más. Mira esta habitación, Germana; aquí es donde vivo relegada, siempre sola, sin distracciones, sin amigos, sin consuelo... mientras que Angela va de fiesta en fiesta ó las da en esta casa, donde llega el ruido hasta mí.

—¿No véis, pues, nunca á mi hermana, mamá?

—Si,—respondió madama Darboys sonriendo con amargura;—la veo en las comi-

das las pocas veces que come en casa, ó por la mañana cuando...

La voz faltó aquí á madama Darboys, que no pudo decir más.

—Yo creía,—observó Germana,—que ambas teniais las mismas relaciones.

—No, Germana; al llegar á Paris tu hermana me ha llevado consigo á casa de algunas personas influyentes, donde sin duda mi presencia hacía buen efecto. Esas señoras me hacen una visita cada seis meses, yo se las vuelvo y á esto se reduce todo... La sociedad de Angela se compone de jóvenes frívolas como ella, y cuando se reúnen, tu hermana me hace comprender que estoy demás, y que una persona de mi edad entristece esas reuniones elegantes y alegres. No te diviertes aquí,—me dice,—solo vienen jóvenes, y esto te aburrirá; si te quieres retirar haré que te sirvan en tu cuarto. De este modo insensiblemente me ha desterrado de su círculo y me ha confinado en mi habitación.

—¿Y Leopoldo?—preguntó Germana, que escuchaba con dolorosa atención.

—Le veo muy poco y no se ocupa para nada de lo que en su casa sucede; está abrumado de trabajo y preocupado con la ambición, dos motivos que le hacen indiferente á los incidentes ordinarios de la vida; algunas veces desde las ocho de la mañana está conferenciando con el Ministro, come á toda prisa y se pasa ordinariamente trabajando toda la velada. Por otra parte, ¿es á él á

quien debería quejarme de Angela? Leopoldo no sabe lo que yo sufro. Tú, hija mía, lo has adivinado.

Germana fijó en su madre una mirada triste; las penas agudas, los cuidados, los dolores ocultos con empeño, estaban grabados en aquel semblante, que ella había conocido tan dulce y tan riente. La desgracia madura á los jóvenes, pero apresura la decadencia de los que han llegado á la mitad del camino de la vida, y con su dura mano había empujado á madama Darboys á las puertas de la vejez. Sus cabellos blancos, sus ojos hundidos, su talle encorvado, eran, para los indiferentes achaques de la edad; para su hija eran indicio seguro de un largo y secreto infortunio.

—Me hallas cambiada, ¿no es verdad?—preguntó la pobre madre al ver fija en ella la mirada de Germana.—No es extraño; ¡he sufrido tanto! Tú que tienes hijos, sabes cuánto se les ama. ¡Tú comprenderás lo que se debe sufrir cuando no se obtiene de ellos ni respeto, ni amor, ni confianza! Yo he acostumbrado demasiado á Angela á contar conmigo; sabe con qué ternura la quiero, y no me tiene ninguna consideración. Cuando hablo, nadie me escucha; mis reflexiones se reciben con desdén; mis consejos se rehúsan con brusquedad, no tengo sitio en su corazón ni en su casa; sus criados apenas me obedecen... sus hijos... mis queridos hijos me traspasan el corazón. ¡Pobres criaturas inocentes! ¡No se les ha enseñado el respeto, y no